

LA CARGA DE TAXDIRT

LA CARGA DE TAXDIRT

(Campaña del Rif.—20 de Septiembre de 1909.)

Á D. Félix Lorenzo.

Musa gentil del *Romancero*,
canto de luz, tan español:
los ojos torna, dilatados.
Miren el gran combate fiero
que en este punto mira el Sol.
Mira corceles, ve soldados,
en tormentoso torbellino.
Ve, renovadas, bizarrías
que tú cantaste, de contino,
por gracia noble del Destino
y á plena luz de claros días.

Musa marcial del *Romancero*:
ciñe la cota rutilante.
Vuelva á lucir tu limpio acero.
Vuelva á sonar tu voz. La espero,

desde las sombras, anhelante.
 Ve cuál la pérvida morisma,
 — porque es la misma, la de antaño,
 ¡siempre la misma!, —
 torna á luchar en nuestro daño.
 Mira flotar sus alquiceles.
 Mira sus bárbaros tropeles.
 Hân de pagar su encono fiero
 y han de morder la ardiente arena.
 ¡Suená, clarín del *Romancero!*
 ¡Suená! ¡Resuená!

Riñese duro, gran combate.
 Vuela, rugiendo, la metralla.
 Y en el ambiente late y late
 la vibración de la batalla.
 Contra menguados batallones,
 y en clamorosa multitud,
 — que rasga el aire con los sonos
 de las descargas del alud, —
 llegan los bárbaros tropeles
 que despedazan y aniquilan.
 ¡Llegan, á miles, los infieles,
 sobre las tropas que vacilan!

Musa feliz, espada en mano,
 del *Romancero* castellano,
 que ya resurges, tan radiante,
 ¡vívido Sol en cielos rojos!,
 que nuevas luchas ves, delante
 de los espejos de tus ojos:
 esos heroicos batallones,

por la tremenda lid menguados,
 son herederos esforzados
 de celebérrimas legiones;
 de aquellas huestes, bien preclaras,
 cuyos bizarros, duros lances,
 encarecieras y cantarás
 en bizarrísimos romances.

Sufren agora trance fuerte.
 Sufren de bárbaros castigos.
 Y en trance están de vida ó muerte,
 pues tantos son sus enemigos.
 ¡Sálvalos, Dios! Sé mensajero
 de sus mercedes. — ¡Rey guerrero,
 todo fulgor! ¡Rey caballero
 de caballeros! — ¡San Fernando!
 ¡Suená, clarín del *Romancero!*
 ¡Suená clamando!

Sigue, mayor, el gran combate.
 Sigue rugiendo la metralla.
 ¡Más pavorosa late y late
 la vibración de la batalla!
 Y á la defensa decididos
 de los maltrechos batallones,
 entre los roncós alaridos
 con que maldicen los cañones,
 por nobles ímpetus llevados,
 en recios potros levantados,
 ¡con el empuje del ciclón!,
 parten de pronto los soldados
 de bizarrísimo escuadrón.

¡En tromba parten los jinetes!
 No con adargas, con almetes,
 con ajustados coseletes,
 como en las épicas batallas;
 cuando al herir los arietes,
 cuando al tronar los falconetes,
 eran escombros las murallas.
 — ¡Ah, las magníficas victorias,
 dones de Dios á Reyes santos,
 en que murieran hombres tantos,
 por que nacieran tantas glorias! —
 Á escape van unos con otros,
 en su feroz acometida;
 á escape van, sobre sus potros,
 suelta al correr la dócil brida;
 sin que defensas ponderosas
 cubran sus pechos anhelantes.
 ¡Libres, las frentes orgullosas!
 ¡Libres, los puños de gigantes!
 ¡En tromba surgen! ¡Corren! ¡Van!
 Á plena luz. Por Dios benditos,
 contra las iras de Satán.
 Contra la cólera que aterra
 del rencoroso musulmán.
 Como si fuese á ras de tierra,
 — ¡todo reflejos, saltos, gritos!, —
 hecho segur, el huracán.

¡Por un impulso portentoso!
 ¡Con un avance de torrente!
 Como bravísima corriente
 que, tras momentos de reposo,
 se desatara de repente.

¡Ah, la crujiente — tromba fiera!
 ¡Y ah, su carrera!
 ¡Cual de relámpago, veloz!
 ¡Ah, los jinetes, cuán homéricos!
 ¡Y ah, los rugidos, tan coléricos,
 de tanta y tanta ronca voz!
 ¡Y el rebrillar de las espadas,
 por firmes puños levantadas!
 ¡Y el de los sables afilados
 que ya castiguen tanto insulto,
 sobre el magnífico tumulto
 de los corceles y soldados!

¡Y el choque al fin! ¡El estallido
 de tromba tal! La entrada brusca,
 sobre los bárbaros tropeles,
 — en gran tropel, del Sol bruñido,
 que fuego pide, sangre busca, —
 de los soldados y corceles.

Ve, rojo Sol, la grande hazaña,
 por tal heroica bizarría.
 Ve cuáles hijos tiene España,
 con que resurja todavía.
 Ve tal combate, Musa fuerte
 del *Romancero*, y entretanto
 sobre los ayes de la Muerte
 vibren las notas de tu canto.

Brillan los sables vengadores
 de los jinetes andaluces,
 con pavorosos resplandores.
 Rayos parecen. Rotas luces,

en rotas masas de colores.
 Brillan sus hojas,
 en tanta luz, de sangre rojas.
 Trémulos suben. Raudos bajan,
 ¡súbitamente! ¡Rompen! ¡Rajan!
 ¡En un dantesco remolino!
 Rayos que tajan,
 miembros desgajan
 trágicamente. — Ya el torrente
 llena de muertos su camino.

Y en tanto, suena
 largo clamor, aterrador...
 ¡Fúnebre, bárbaro clamor!
 ¡Con voces trágicas de pena,
 con gritos lúgubres de horror!

Pasa la tromba, y al momento
 vuelve crecida.
 ¡Con más poder! ¡Con más aliento!
 ¡Con más veloz acometida!
 Ya la Victoria
 rinde sus palmas
 á quienes fueron por la Gloria
 con temple tal, en tales almas.
 ¡Ah, la española bizarría,
 de nueva luz, en claro día!
 ¡Ah, la leyenda rutilante
 del gran espíritu español!
 ¡De nuevo Sol!
 ¡Sol en Levante!
 Suena, clarín; clarín guerrero.
 Suena, del llano á la montaña,

¡De nuevas glorias pregonero!
 Y al són marcial — despierte España.
 Despierte el alma nacional.
 ¡Suena, clarín del *Romancero!*
 ¡¡Suena triunfal!!

EL ALTO DEL LEÓN

EL ALTO DEL LEÓN

(EN LA SIERRA DE GUADARRAMA)

Á Enrique Casal.

Están los espacios llenos
de vivísimo fulgor,
está la Sierra dorada,
llegando al cenit el Sol,
y en lo más alto del *puerto*
despide luz el León;
todo radiante, vestido
de fuego deslumbrador.

Bien hizo, con sabias artes;
bien pensara, ¡vive Dios!,
quien para el *puerto* famoso
tal remate discurrió;
quien, sobre sierra tan dura,
de tipo tan español,
puso el sello de la raza
con la imagen del León.

En vano la injuria el tiempo
tan audaz y destructor,

nubes de polvo la agravian
 y en su piedra muerde el Sol.
 En vano también la azotan
 las alas del águila.
 Y en vano cuaja la nieve
 sus copos alrededor;
 sobre su dorso gigante,
 sobre la testa feroz.

Magüer tratada por todos
 con tan osado rigor,
 siempre la encuentra plantada
 sobre las rocas el Sol.
 Que es mucha vida la vida
 de las garras del León;
 mucha roca la del monte
 donde sus garras clavó,
 y es mucha fuerza la fuerza
 con que duran, con que son...
 ¡la fiera, tan castellana,
 y el monte, tan español!

Dios te guarde, sobre el alto
 del *puerto*, viejo León;
 tan batido por el aire,
 tan comido por el Sol,
 tan dañado por la nieve
 que contra el *puerto* cayó;
 sin que jamás delataras,
 con instintivo temblor,
 furias innobles, ni menos
 flaquezas del corazón.

Altivo, grave, bizarro,
 seguro de tu valor,
 te ven las cumbres, — las cumbres
 de tan firme condición, —
 cuando retorna por Junio,
 sobre la Sierra, su flor;
 la del cantueso, tan triste;
 la del alegre gamón...

Altivo, grave, sereno,
 mientras con largo sopor
 yacen los montes en Julio,
 resquebrajados del Sol;
 cuando las pálidas nieblas
 del Otoño bienhechor
 desfilan sobre sus riscos
 en callada procesión;
 cuando las noches de Enero,
 tan preñadas de terror,
 descienden sobre sus rocas
 apenas la luz murió;
 mientras clama desolado,
 mientras ulula, feroz,
 el aire bronco del Norte,
 con ímpetus de ciclón.
 ¡Ah, las noches en que tiemblan
 las montañas, de pavor!

Cuadro alguno te conmueve.
 No te mueven luz ni són.
 Ni la color jubilosa,
 ni la medrosa color.
 Jurara, ¡pardiez!, que tienen
 para ti la misma voz,

el más gozoso contento
y el más terrible dolor.

¿Por qué tan extraño á todo?
Por muy siniestra razón.
Sufres, tan á solas, tanto,
del mal que te quebrantó,
que en vano gozos te acorren,
ni miras ya bajo el Sol,
dolor que pueda moverte,
comparable á tu dolor.

Eres emblema de un pueblo
desamparado por Dios.
Castigo sufres por culpas
de mucho vano señor;
que no por culpas que pongan
sobre tu fama baldón.
Desgracias miras tan sólo
y estragos en derredor:
mucho triste decadencia,
mucho partido blasón;
muchas cruces, bien distintas
de la Cruz del Redentor;
mucho vil aventurero
que fuerzas de ti cobró,
para mofarse muy pronto
de tu noble condición;
mucho honor en trance fuerte,
muchos trances sin honor...
Y es bién justo que te acojas
al *puerto* que te acogió,

sin que, por seguir mirando,
mires desgracia mayor.

Mas yo sé, — me lo asegura
misteriosa convicción, —
que al fin, en cercano día,
por un aviso del Sol,
por un impulso del cierzo,
por un mandato de Dios,
dejará de ser tu piedra
bloque sin alma ni voz.

Por que al fin, desde la altura
de tan ingente región;
desde Sierra tan hermosa,
¡de tipo tan español!,
vuelvan á asombrar al mundo
los rugidos del León.

Será con la luz de un día
lleno de rayos de Sol.
¡Será por obra del hombre!
¡Será por gracia de Dios!